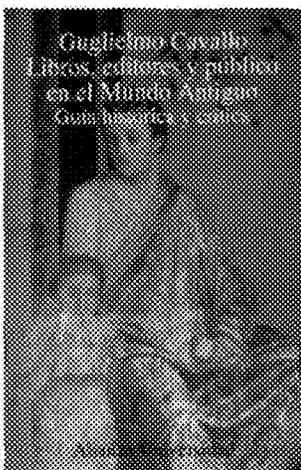


# Once libros sobre la lectura

Como toda selección, estos once libros sobre la lectura y sus aledaños se apropia de un orden que no hace sino delatar la dificultad de fijar los múltiples problemas que suscita una actividad que, para bien o para mal, en nuestros días ha alcanzado tal vez su mayor esplendor y su más áspera miseria. Un esplendor que se desplaza agobiado por su proximidad a la gloria póstuma, y una miseria que clava su significado en la banalidad del mercado editorial, rampante y feliz con su cuenta de resultados, pero al cabo también sometido al agobio de la velocidad, que es la negación extrema del hecho de leer. Once libros para suscitar un lugar de reflexión común, un espacio abierto a la controversia, convocados con ese espíritu de cortesía que, según nos recuerda Steiner, es una obsequiosidad del corazón. Once libros que no terminan en sus páginas, que palpitan y se multiplican en otros libros, en otras bibliografías, a través de un tejido sinuoso de relaciones y de imprevistas sugerencias y conexiones. Hay más libros (cada libro postula una biblioteca) y al lector le corresponde, si cree que el empeño lo merece, añadir a estos once los numerosos libros que faltan.

Francisco Solano



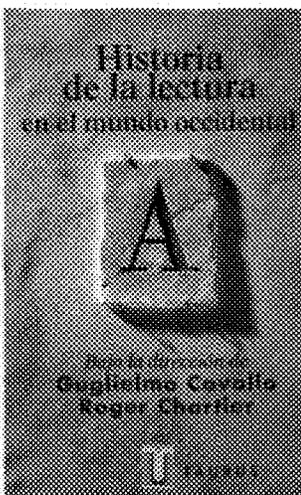
**Guglielmo CAVALLO (director):** *Libros, editores y público en el Mundo Antiguo. Guía histórica y crítica.* Madrid: Alianza, 1995. 171 pp.

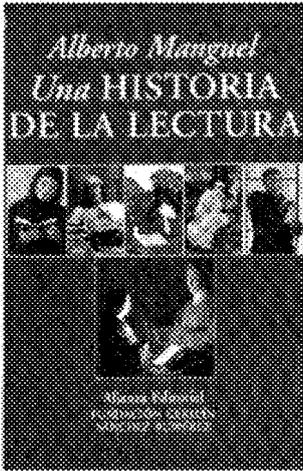
Este volumen pretende divulgar una parte muy importante de la historia del libro, la que atañe a la civilización grecorromana, con tres contribuciones muy diferentes y, a la vez, complementarias. La primera, escrita por E.G. Turner, "Los libros en la Atenas de los siglos V-IV a.C." nos indica que, aunque no estamos capacitados para seguir todas las fases que marcan el paso de la experiencia oral a una técnica de transmisión y recepción de la cultura escrita basada en el libro, no obstante, a través de testimonios coincidentes de pasajes literarios y de pinturas cerámicas, sí es posible concertar que fue un cambio lento. Heródoto, el padre de la historia, todavía organizaba lecturas públicas de sus obras; en cambio Tucídides, de la generación posterior, ya no componía sus libros para declamarlos ante un auditorio, sino que confiaba en la escritura y, por tanto, en la meditación de los lectores venideros. La segunda contribución, de Tønnes Kleberg, "Comercio librario y actividad editorial en el mundo antiguo", se centra en el siglo III d.C., cuando aparece la filología como "disciplina intelectual autónoma" y la fundación de las grandes bibliotecas da paso

a una minoría suficientemente numerosa como para sostener una actividad editorial y una circulación de libros que, a la luz de los actuales sistemas de producción de libros, nos proporciona una primera organización libresco, con secretarios, correctores y bibliotecarios al servicio del mantenimiento de la educación. La última contribución, debida a Guglielmo Cavallo, que a su vez es el compilador del volumen, entra en la época del códice, en ese tiempo en que "el hombre tardoantiguo creía y aceptaba sólo cuanto estaba escrito en los libros y esta idea del libro estaba representada en el códice". En su conjunto, este libro es una defensa, nada nostálgica, sino más bien vigorosa, del libro como lugar de fijación de textos, como materialidad que se ve hoy sustituida por la "inmaterialidad" de los textos. Por tanto la pregunta que subyace en estas investigaciones es cómo van a cambiar los modos de leer.

**Guglielmo CAVALLO Y Roger CHARTIER (directores):** *Historia de la lectura en el mundo occidental.* Madrid: Taurus, 1998. 585 pp.

La vastedad de temas, de enfoques y el amplio espectro histórico que abarca este libro lo convierte, quizá, en una gran enci-





clopedia sobre la lectura. Grandes especialistas desmenuzan todos los aspectos posibles que, directa o indirectamente, se relacionan con la actividad de leer, desde los vocabularios de los verbos que significan “leer” y el nacimiento del público lector, hasta las razones primordiales en la actualidad de la necesidad de un porvenir para la lectura, pasando, entre otros aspectos, por el concepto de autoría, las sinagogas como “bibliotecas públicas” o la dudosa revolución en la lectura a finales del siglo XVIII. Pero es el propio director de la obra quien mejor expresa su contenido: “La historia de las prácticas de la lectura que este libro propone pretende cruzar esos diversos enfoques, esas diferentes maneras de entender el encuentro entre los textos y sus lectores. Una misma idea les ha reunido: apoyar mediante un estudio de las transformaciones de las maneras de leer la mirada novedosa que se puede echar sobre las evoluciones principales (culturales, religiosas, políticas) que han ido transformando a las sociedades occidentales desde la Antigüedad clásica hasta nuestros días. Muy temprano, ya en el mundo griego, esas sociedades fueron sociedades de lo escrito, del texto, del libro. Pero la lectura no es una invariante antropológica sin historicidad. Las mujeres y hombres de Occidente no han leído siempre de la misma manera. Varios modelos han orientado sus prácticas; ‘varias revoluciones de la lectura’ modificaron sus gestos y costumbres. Nuestra obra tiene la pretensión de establecer el inventario de esos modelos y esas revoluciones, y de facilitar su comprensión.”

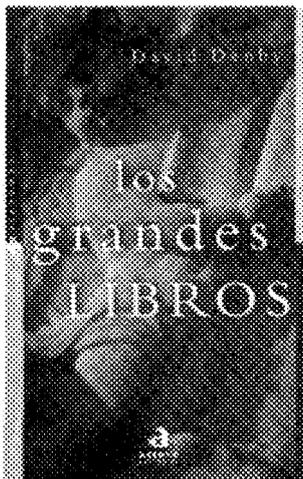
**Alberto MANGUEL: *Una historia de la lectura*.** Madrid: Alianza/Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1998. 396 pp.

A diferencia de la obra de Taurus, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, este libro de Alberto Manguel es, ciertamente, una historia de la lectura. Creador polifacético, viajero apasionado y, por supuesto, curioso lector, además de acreedor de numerosos y multidisciplinarios premios, Alberto Manguel ha escrito una de tantas posibles historias de la lectura. Al decir una de tantas, no queremos decir que

se trata de una historia arbitraria, sino que, frente a la magnitud del tema elegido (que abarca, claro está, 6.000 años de palabra escrita, desde las tablillas sumerias de arcilla al CD-ROM), el autor nos propone una *visión*, no por personal menos rigurosa, de la experiencia de leer a lo largo del tiempo. Para ello ha seleccionado, mediante algunas situaciones históricas y escenas representativas de la experiencia lectora, algunos de los aspectos más determinantes, como la condición de los lectores silenciosos, la lectura de imágenes, la lectura privada, el autor como lector o las guardas de los libros, entre otros. De este modo este libro (que, de pasada, conviene alabar igualmente por su serena, envolvente y muy notable seducción narrativa: está muy bien contado) tiene la virtud y el mérito de ofrecer una historia de la lectura desde dentro, con la incorporación de las propias experiencias del autor, su acceso a los libros, su labor como lector con Borges, a quien leyó en su casa en voz alta durante unos años y cuya experiencia transformó su concepción de la lectura, etcétera. A la vez, como complemento indispensable, esta obra contiene una serie de ilustraciones donde se verifica la incidencia de los libros y su lectura en todos los estamentos sociales y en las más diversas situaciones, desde escenas escolares de comienzos del siglo XV, donde se muestra la relación jerárquica entre maestros y alumnos, hasta una fábrica de tabaco en Cuba, donde se leía en voz alta a los trabajadores lecturas que abarcaban opúsculos políticos, libros de historias, novelas y colecciones de poesía tanto modernas como clásicas.

**David DENBY: *Los grandes libros*.** Madrid: Acento, 1997. 478 pp.

Aunque el título es un tanto pomposo, o tal vez demasiado entusiasta, el subtítulo del libro declara con más precisión su contenido: “Mis aventuras con Homero, Rousseau, Woolf y otros autores indestructibles del mundo occidental”. Hay que agradecer al autor, antes de nada, esa esperanza en la indestructibilidad de las grandes obras. Ni siquiera los más notables custodios de la cultura se atreven a tanto. Pero David Denby, crítico de la revista *New York*, tiene razones bien sobradas para expresarse así, y



su libro es un cabal testimonio de la influencia benéfica de la lectura sobre el espíritu, es decir, sobre la vida. “Leer los grandes libros –escribe Denby– puede parecer una solución extraña para una crisis de identidad o lo que aquello fuera. ¿Por qué no dedicarse a viajar o a cazar elefantes? ¿o perseguir a las jovencitas? ¿o vivir en un monasterio? Éstos son, a mi entender, los métodos tradicionales –al menos para los hombres– de abordar estos problemas. Pero yo quería aventura”. Después de trabajar toda una vida como periodista y crítico de cine, y de disfrutar con su trabajo, Denby se sentía en una creciente irrealidad fruto de los debates sobre la enseñanza universitaria en EE.UU. Y así, treinta después de matricularse por primera vez en la Universidad de Columbia, decidió volver a las aulas con el fin de leer de nuevo las grandes obras. Este libro es el fruto de un año como estudiante, escrito como un viaje, a veces peligroso, a veces sereno. Su decisión surge en un momento en el que la pretendida batalla ideológica sustituye al verdadero valor de la literatura al preguntarse, como dato superior al de la creación misma, si Shakespeare era un agente del colonialismo o Rousseau una parte del discurso hegemónico. Prolijo, excesivo, pero riguroso, consigue que la inmediatez de la lectura, esa “segunda” lectura que realiza en las aulas, se convierta en un antídoto contra esa penosa sensación de vivir inmersos en los medios de comunicación, es decir, tener información sin conocimiento, opiniones sin principios e instintos sin creencias.

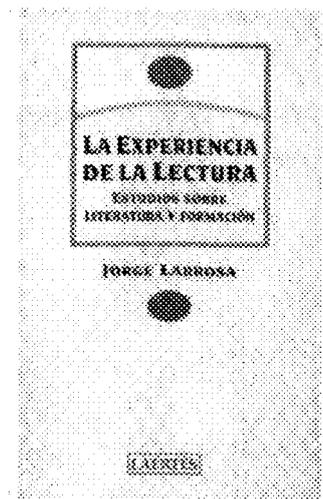
**Jorge LARROSA: *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación.*** Barcelona: Laertes, 1996. 494 pp.

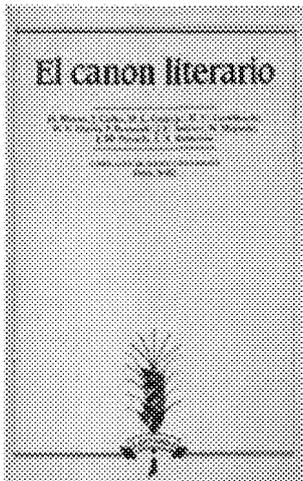
Profesor de Filosofía de la Educación en la Universidad de Barcelona, Jorge Larrosa parte del enunciado tantas veces citado de Gadamer: “...qué cosa sea leer, y cómo tiene lugar la lectura, me parece ser todavía una de las cuestiones más oscuras”. De ahí que, en su planteamiento inicial, considere la lectura como formación y la formación como lectura. “Pensar la lectura como formación –escribe– implica pensarla como una actividad que tiene que ver con la subjetividad del lector: no sólo con lo que el lector sabe sino

con lo que es. Se trata de pensar la lectura como algo que nos forma (o nos de-forma o nos trans-forma), como algo que nos constituye o nos pone en cuestión en aquello que somos”. Siguiendo a Gadamer, que considera que dos personas, aunque enfrenen un mismo acontecimiento, no hacen la misma experiencia, Larrosa insiste en que no siempre la actividad de la lectura es una experiencia. Considera que el acontecimiento escapa al orden de las causas y efectos: “La experiencia de la lectura –dice–, si es un acontecimiento, no puede ser causada, no puede ser anticipada como un efecto a partir de sus causas, lo único que puede hacerse es cuidar de que se den determinadas condiciones de posibilidad: sólo cuando confluye el texto adecuado, el momento adecuado, la sensibilidad adecuada, la lectura es experiencia”. El proceso de aprendizaje, por tanto, se debe desarrollar desde una percepción abierta: “enseñar a leer no es oponer un saber contra otro saber (el saber del profesor contra el saber del alumno aún insuficiente), sino colocar una experiencia junto a otra experiencia. Lo que el maestro debe transmitir es una relación con el texto: una forma de atención, una actitud de escucha, una inquietud, una apertura (...) La función del profesor es mantener viva la biblioteca como espacio de formación”. Apoyándose en Platón, en Proust, en Foucault, en Benjamin, el profesor Larrosa se enfrenta a las operaciones pedagógicas encaminadas a controlar la experiencia de la lectura, y propone pensar la lectura como acontecimiento de la pluralidad, de la diferencia, como producción infinita de sentido.

**Harold BLOOM: *El canon occidental. La escuela y los libros de todas las épocas.*** Barcelona: Anagrama, 1995. 585 pp.

Pese a la polvareda levantada, este libro de Harold Bloom es, sobre todo, una defensa nada complaciente de la lectura, es decir, que sitúa a la actividad de leer en el máximo rigor de la inteligencia, despreciando cualquier otra forma de adaptación al medio. Por supuesto que muchas de sus afirmaciones, y en especial la lista de obras que incluye al final del volumen (que, por otra parte, fue más una exigencia de los editores, en





busca de los aspectos prácticos del libro, que una propuesta del propio Bloom) son controvertidas, y el mismo autor sería el primero en sorprenderse de que sus páginas se aceptaran sin réplica alguna. En cualquier caso Bloom, consciente de que quien quiera leer debe elegir sus propias lecturas, apuesta con toda impertinencia por una serie de autores que él considera imprescindibles, troncales en la historia de nuestra cultura occidental: “Este libro estudia –dice– a veintiséis escritores, necesariamente con cierta nostalgia, puesto que pretendo aislar las cualidades que convierten a estos autores en canónicos, es decir, en autoridades en nuestra cultura. El ‘valor estético’ se considera a veces más una idea de Emmanuel Kant que una realidad, pero a lo largo de toda una vida de lectura no ha sido ésta mi experiencia. Las cosas, sin embargo, se han desmoronado, el centro no se ha mantenido, y cuando uno se ve en medio de lo que solía llamarse el ‘mundo erudito’ sólo encuentra pura anarquía”. Su secuencia histórica comienza con Dante (excluye toda la Antigüedad) y concluye con Samuel Beckett, aunque sin seguir un estricto orden cronológico, y con la figura de Shakespeare como figura central del canon occidental. Bloom distingue tres partes bien diferenciadas: “La Edad Aristocrática”, que abarca desde Shakespeare y Dante a Goethe; “La Edad Democrática”, donde incorpora al primer Wordsworth y concluye en Tolstói e Ibsen; y “La Edad Caótica”, donde se encuentran Freud, Proust, Kafka, junto a Borges, Neruda y Pessoa.

**Enric SULLÀ (director): *El canon literario*.** Madrid: Arco/Libros, 1998. 313 pp.

Con el debate sobre el canon actualizado por Harold Bloom, esta compilación de textos se hacía necesaria para que dicho debate no quedara sólo como noticia cultural, es decir, que la importancia de un concepto de tan decisiva importancia no fuera trivializado por las modas culturales. Enric Sullà ha agrupado en tres grandes bloques temáticos (“¿Qué es el canon literario?”, “El canon literario a debate” y “Alternativas al debate”) aquellos textos que ofrecen el mayor rigor conceptual y un análisis en profundi-

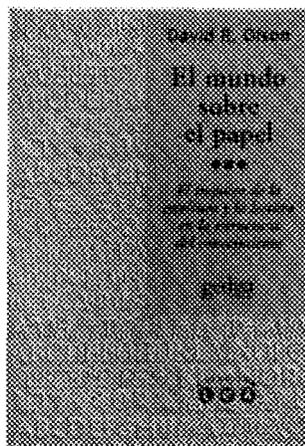
dad que proporciona al lector todas las posiciones para que él mismo pueda distribuir sus pasiones o su inteligencia a favor de unos y otros. “Etimológicamente, la palabra *canon* –nos recuerda Sullà– procede del griego *kanon*, que designaba en un principio una vara o caña recta de madera, una regla, que los carpinteros usaban para medir; luego, en un sentido figurado, pasó a significar ley o norma de conducta, es decir, una norma ética. Sin embargo, los filólogos alejandrinos utilizaron el término para designar la lista de obras escogidas por su excelencia en el uso de la lengua y por ello consideradas modélicas, es decir, dignas de imitación”. Hasta aquí el origen y uso del concepto de canon. Hoy en día, sin embargo, el debate no está en las listas propiamente dichas, que siempre suscitan todo tipo de recelos, sino en los criterios de selección; de ahí que, más que enzarzarse sobre nombres y obras, sea más positivo analizar cuáles han sido los criterios estéticos o de otro tipo utilizados. Wendell V. Harris, en su artículo “La canonicidad”, propone las siguientes funciones que nos permitirán extraer los criterios posibles: “1) proveer de modelos, ideas e inspiración, 2) transmitir una herencia intelectual, 3) crear marcos de referencia comunes, 4) intercambiar favores (en el sentido de que los escritores suelen ser decisivos en la formación de un canon prestándose atención entre sí), 5) legitimar la teoría, 6) ofrecer una perspectiva histórica, y 7) pluralizar (no limitándose a una tradición, es decir, practicando la política del reconocimiento)”. Junto a los diversos artículos, de Frank Kermode, de Jonathan Culler, del mismo Harold Bloom, que reproduce su “Elegía al canon” de su polémico libro, el volumen se cierra con un excelente trabajo de José-Carlos Mainer, “Sobre el canon de la literatura española del siglo XX”, y con una minuciosa selección bibliográfica a cargo de Enric Sullà.

**Mortimer J. ADLER / Charles VAN DOREN: *Cómo leer un libro: Una guía clásica para mejorar la lectura*.** Madrid: Debate, 1996. 415 pp.

Hacia la mitad del libro, en un apartado dedicado a la lectura analítica, los autores recogen el concepto de verdad sin que por



**PUBLICIDAD**



ello suponga que están haciendo extrañas concesiones, sino todo lo contrario: “Los libros –dicen– obtienen el beneplácito de la crítica y el aplauso popular casi hasta el extremo de mofarse de la verdad, y cuanto más descaradamente, mejor. Muchos lectores, y sobre todo quienes reseñan las publicaciones, utilizan otros baremos para enjuiciarlos; elogian o condenan los libros que leen por su novedad, su sensacionalismo, su atractivo, su fuerza o incluso el poder que poseen para crear confusión, pero no por la verdad que encierran, por su claridad o capacidad de aportar conocimientos. Quizá se haya llegado a tal situación debido a la existencia de tantas obras ajenas al campo de las ciencias exactas que muestran tan poca preocupación por la verdad. Nos aventuramos a pensar que si decir algo que es verdad, en cualquier sentido del término, volviera a constituir el interés fundamental, como ocurría antes, se escribirían, se publicarían y se leerían menos libros”. Con este libro, ya considerado una guía clásica sobre la lectura, los autores analizan, con un claro estilo, modélico desde el punto de vista de la mejor pedagogía, los distintos niveles de lectura, tanto la primaria, como la llamada de inspección, al tiempo que proponen los diferentes tipos de lectura, aplicados a la literatura imaginativa, a la historia, a las ciencias y las matemáticas, a la filosofía o a las ciencias sociales. En un último capítulo, “Objetivos últimos de la lectura”, además de exponer a qué pueden ayudarnos los buenos libros, incluye un apéndice con una lista de lecturas recomendadas que todos deberíamos leer y releer, y se cierra con una serie de ejercicios y pruebas, donde el lector puede verificar, si lo desea, la comprensión que obtiene en los diferentes niveles de lectura.

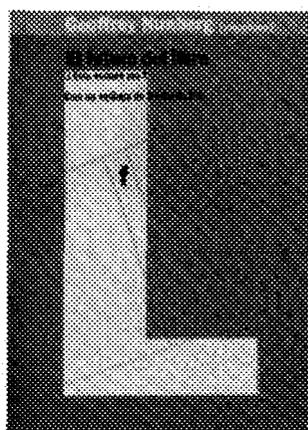
**David R. OLSON:** *El mundo sobre papel. El impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento.* Barcelona: Gedisa, 1998. 349 pp.

El autor plantea aquí una teoría que intenta formular dos líneas de interés que considera vinculantes: los cambios experimentados por los niños en su comprensión de la relación entre “lo dicho” y “lo significado” –cambios asociados con la lectura y

la interpretación de textos– y su interés con las posibles relaciones entre el protestantismo, la ciencia moderna temprana y la psicología racionalista. “¿No sería interesante, pensé –escribe el autor–, que esto demostrara que los cambios en los grandes movimientos sociales a comienzos de la Edad Moderna pudieran deberse a una alteración en la práctica y la comprensión de la lectura y la interpretación? ¿acaso Lutero, Galileo y Descartes compartieron una manera común aunque nueva de lectura, de relacionar lo dicho con lo significado? Pero incluso plantear tales cuestiones requería cierto análisis de lo que son los sistemas de escritura, cómo se relacionan con el habla, cómo son leídos, cómo esos modelos de lectura cambiaron, cómo los modos de lectura exigieron nuevas distinciones, nueva conciencia y nuevos modelos de pensamiento. Y finalmente, el tema anunciado en este libro: cómo la estructura misma del conocimiento fue alterada por los intentos de representar el mundo sobre el papel”. Con este propósito, David R. Olson analiza las seis creencias más arraigadas y compartidas respecto a la cultura escrita, creencias sobre las que algunos estudios han dejado caer más de una sombra de duda: “La escritura es la transcripción del habla”, “La superioridad de la escritura respecto del habla”, “La superioridad tecnológica del sistema alfabético de escritura”, “La escritura como órgano de progreso social”, “La cultura escrita como instrumento de desarrollo cultural y científico” y “La cultura escrita como un instrumento de desarrollo cognitivo, del mismo modo que lo era del desarrollo cultural”. Olson analiza un amplio espectro de materiales provenientes de la psicología evolutiva, la antropología social, la historia y la filosofía de la ciencia, y logra establecer la conexión entre ciencias cognitivas, escritura e historia de la cultura.

**Geoffrey NUNBERG (compilador):** *El futuro del libro.* Barcelona: Paidós, 1998. 314 pp.

Este libro nació de un congreso celebrado en el Centro de Semiótica y Estudios Cognitivos de la Universidad de San Marino. La cuestión sobre el futuro del libro plantea incógnitas que van desde la transformación



de las instituciones culturales dedicadas al almacenamiento y conservación de los libros, hasta cambios en los procesos cognitivos de la lectura y escritura que surge directa o indirectamente de la introducción y uso de las tecnologías emergentes para leer y escribir. Los diversos trabajos que reúne el volumen se preguntan cómo cambiará la estructura de los textos mismos, junto a los géneros y a las normas textuales influidos social y culturalmente. ¿Cómo afectarán los sistemas interactivos basados en textos para la escritura y la interacción como el World Wide Web y el MOO al desarrollo y la evolución de las normas textuales? ¿el libro como objeto material seguirá manteniendo parte de su valor simbólico, o se desvanecerá en el terreno de las entidades meramente virtuales? ¿nos permitirán las nuevas tecnologías considerar los textos antiguos bajo una nueva luz, descubriendo estructuras ocultas? Estas cuestiones son importantes para los investigadores de una amplia gama de campos: filósofos, lingüistas, semióticos, historiadores, psicólogos, expertos en nuevas tecnologías, por no mencionar autores, libreros, editores y demás profesionales interesados en la producción y distribución del libro tradicional. Por lo general, los visionarios de la informática ofrecen un futuro donde los libros impresos, las bibliotecas de ladrillo y cemento, las librerías y los editores tradicionales han sido sustituidos por instituciones y géneros electrónicos; donde la narrativa tradicional ha cedido todas sus importantes funciones al hipertexto o los multimedia; donde se han eliminado los límites entre los medios de comunicación y las disciplinas tradicionales; y donde la sociedad de letra impresa ha sido reemplazada por un orden discursivo más armonioso y equitativo. Los autores de estos ensayos sugieren lo contrario, pero no por ello dejan de sentir entusiasmo por las posibilidades que ofrecen las tecnologías digitales. De ahí que anuncien que los cambios venideros no se producirán sin importantes modificaciones sociales y culturales.

**George STEINER: *Pasión intacta*.**  
Madrid: Siruela, 1997. 505 pp.

En la actividad ensayística y crítica de George Steiner, la defensa de la lectura,

por encima de impacientes escuelas y valores extratextuales, es siempre un aspecto polémico con cierta dosis de ácida acritud. Para los lectores empedernidos, no obstante, esa acritud es más que benéfica, casi diríamos que es vital y necesaria. “Los ensayos y artículos contenidos en esta colección —escribe Steiner en la introducción a *Pasión intacta*— fueron escritos en un tiempo en el que el arte de la lectura y el *status* del texto se veían sometidos a una gran presión. Cada uno a su manera, movimientos como la “teoría crítica”, el “postestructuralismo”, la “deconstrucción” y el “posmodernismo” ponían en duda la relación entre palabra y significado, y “descomponían” no sólo el concepto de las intenciones de un autor —en relación con lo que éste quiere expresar—, sino la identidad misma de cualquier tipo de *autoritas* o individualidad creativa”. No todos los temas de los que se ocupa Steiner en este volumen caben bajo el epígrafe de una bibliografía sobre la lectura (dejando aparte, claro está, que siempre habla de textos y que su escritura, por tanto, es fruto de la lectura). Sin embargo este libro contiene en sus páginas una de las descripciones más hermosas e inteligentes (también, podríamos decir, más remotas para nuestros hábitos actuales) acerca de la naturaleza del lector. Siguiendo paso a paso, con todo detalle, el cuadro *Le Philosophe lisant*, de Chardin, convierte en palabras el magnífico retrato pintado en 1734. “El vigor de la memoria —escribe Steiner— sólo puede sostenerse allí donde hay silencio, el silencio tan explícito en el retrato de Chardin. Aprender de memoria, transcribir fielmente, leer de verdad, significa estar en silencio y en el interior del silencio. En la sociedad occidental de hoy, este orden de silencio tiende a convertirse en un lujo. Los historiadores de la consciencia (*historiens des mentalités*) tendrán que evaluar la contracción de nuestra capacidad de atención, la desaparición de la concentración producida por el simple hecho de que nos haya interrumpido el timbre del teléfono, por el hecho subordinado de que la mayoría de nosotros, salvo cuando actuamos con resolución estoica, contestamos al teléfono, no importa lo que estemos haciendo”. ☒

